

EL ASESINATO DE GARCIA LORCA

«GARCIA LORCA, ASESINADO: TODA LA VERDAD»

Contestación abierta a la carta de Ian Gibson publicada en TRIUNFO, número 661 (31-V-75).

Mr. Ian Gibson.
Muy señor mío:

Esperaba su escrito desde que usted lo anunció a Francisco Umbral, según «Destino» del 22-V-75. En dicha declaración, usted indicaba que mi libro era «pro gubernamental». No entendi bien la frase: Si se refería al actual Gobierno, la cosa es absurda, porque no hablo de él ni en pro ni en contra (únicamente, al principio, fuera de texto, cito una frase de usted no precisamente muy agradable para el Gobierno). Si se refiere al Gobierno existente en Granada desde el 20 de julio de 1936 hasta el asesinato de García Lorca, su aserto es más absurdo todavía, dado que acuso —entre otros— explícita y directamente al entonces Gobernador Civil, recién instalado, gracias al Alzamiento Nacional. Si se refiere a Gobiernos habidos intermedio, sólo cito a dos ministros: Ramón Serrano Súñer y Gabriel Arias Salgado. Del primero digo textualmente, en la página 262: «Su actuación en Gobernación y en Asuntos Exteriores no me concierne a mí, estudiarla, y desde luego, no la alabaré...». (Pese a ello, debo agradecerle, y así lo hago ahora públicamente, su extraordinario actual sentido del fair-play, cuando, como miembro del Jurado del Premio Espejo de España estuvo votando mi obra, por lo menos en las cinco primeras votaciones [que obtuve los siete votos del Jurado] y no me extrañaría que hasta la última [que obtuve cinco contra dos].)

Respecto al señor Arias Salgado, me remito a la página 245 del libro, en la que bajo el título «Gabriel Arias Salgado, ministro de la desinformación», entre otros detalles, reproduzco de «La Actualidad Española» (31-X-74) lo siguiente: «Arias Salgado controlará más de quince años toda la información del país y dará paso a uno de los períodos más tristes y lamentables de la historia del periodismo español». ¿Comprende, mister Gibson, por qué no le entiendo?

Ahora, en su escrito a TRIUNFO —o a mí, aunque yo tal carta no la haya recibido—, dice que soy «pro falangista». No el libro, sino yo. Esto ya es más absurdo puesto que usted no conoce ni mi biografía ni mis pensamientos políticos —no mi «trayectoria» política pública, porque no la tengo—. Pero, aunque éste no sea el momento propicio —o no me dé la gana— de declarar a usted tal pensamiento, puedo asegurarle que no sólo no soy pro falangista, sino que estoy en completo desacuerdo con las teorías y prácticas falangistas: tanto la pura joseantoniana como las tres o cuatro líneas actuales, derivadas o adulteradas de la primitiva. Y digo que «estoy en completo desacuerdo» porque al ser yo extremadamente liberal —tanto política como psíquicamente— me niego a proclamarme «anti-nada»: Admito a cada cual su derecho a conculgar con las razones que crea convenientes; acepto el diálogo civilizado con azules, rojos, verdes, amarillos, moros, he-

bros, cristianos y agnósticos; sólo pido el —muy de ustedes, los británicos según se dice— fair-play.

Como dato, en la página 218 las dos últimas líneas son «Quiero hacer constar que no soy falangista ni lo he sido nunca. Y, supongo, no lo seré jamás». (El supongo claramente retrata, una vez más, mi talante liberal.) ¿Lo ha leído usted, mister Gibson? ¿O sólo ha ojeado el libro?

Para usted el hecho de que yo, en mis investigaciones, haya llegado al convencimiento de que Falange no fue quien asesinó a García Lorca, presupone que yo soy falangista, aunque yo afirme que no lo he sido nunca. ¡Enhorabuena, mister Gibson! Le diré algo más: tampoco lo asesinaron los irlandeses. Y no soy irlandés, palabra.

Por otra parte, usted dice que soy injusto con usted. Con franqueza, no lo creo cuando en mi «Análisis de las investigaciones publicadas» (páginas 22 y siguientes) tras varios análisis, escribo taxativamente: «Los dos investigadores correctos: Marcelle Auclair e Ian Gibson» (página 34) y de usted digo, en la misma página: «Es el más tenaz, el que más exhaustivamente detalla, aunque se politiza exageradamente enmarcando el hecho en una denuncia total contra la represión nacionalista de Granada».

¿Cómo puedo ser injusto en tal juicio? La primera parte, si no la cree justa, peor para usted pues es halagadora; la segunda la define usted mismo en su título «La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca».

Y en ese capítulo creo que también destruyo totalmente su tesis de que «no reconozco la deuda a Marcelle Auclair y a usted y a otros», pues ahí la reconozco muy explícitamente. Y a usted principalmente, además, en todo el texto en varias notas a pie de página, aunque en otras muchas no esté de acuerdo con usted —por mis investigaciones— y así lo diga francamente.

Respecto a estos últimos casos, usted me dice que Ruedo Ibérico «tardó dos años en traducirlo al castellano» —el libro de usted— y continúa: «La traducción resultó bastante mala y tuve que rehacerla yo mismo. Esto podría explicar el que hubiera en el texto unos "lapsus" estilísticos y ciertas inexactitudes y confusiones. Claro que también había en el libro algunos errores factuales». Sin comentarios.

Como debo abreviar para no abusar de la amabilidad de TRIUNFO al admitirme esta contestación, analizaré escuetamente sus otras acusaciones:

a) Que no conociese su otro libro «The Death of Lorca».

Lo siento. Me habló de él Francisco García Lorca, cuanto ya tenía efectuadas mis investigaciones en Granada. Mi misión al leer cuanto se podía haber escrito sobre la muerte de Lorca, antes de mis investigaciones personales, era la de proporcionarme pistas, y confirmar, rebatir, o ampliarlas, nunca copiar textos. Por ello, después, no podían serme de interés.

Tampoco conocía usted mi «¿Así fue? Enigmas de la guerra civil española», hasta ahora.

b) Que no me pusiese en contacto con usted, ya que le habría sido grato ayudarme en lo posible.

Efectivamente, ya lo veo ahora. Dice que su único interés es que el enigma de la muerte del poeta se aclare. Y cuando soy el único español que, en España, se atreve a airear dicho enigma, me echa la caballería encima.

Querido mister Gibson, lo agradezco, ahora, ese ofrecimiento tardío. Si no me puse en contacto con usted fue, precisamente, para no quedar excesivamente influido por sus exhaustivas —y a veces erróneas— conclusiones. Repito que acepté las pistas de su libro. Pero yo debía confirmárlas, rebatirlas o repudiarlas.

El caso, por otra parte, es el inverso del que me sucedió con Eduardo Molina Fajardo, director de «Patria», y al que —según usted— no conozco: En una de mis primeras visitas a Granada, un redactor de «Patria» (J. Bustos) me hizo una entrevista para ese diario. Según me explicó el señor Bustos fue totalmente desechada por su director, que la calificó de «dinamita». Posteriormente, estuve charlando con Molina Fajardo, en el hotel Alhambra y en su propio despacho de «Patria», el cual adoptó una postura de «individualidad silenciosa». De acuerdo, puede que Molina Fajardo sepa mucho, como usted dice.

c) Reproducción de fotos de su libro.

De acuerdo. Se han reproducido dos fotos de recortes de diario y, por lo tanto, públicas. Ambas las entregué a la editorial, pero las mías eran menos claras que sus grabados.

De las casi cuatrocientas fotos originales y recortes de periódicos que yo entregué, más los que aportó el archivo de Planeta, mi libro consta de 159 grabados, sin contar otros 36 más en el apéndice cronológico (el suyo, un total de 24).

d) Mi endeble bibliografía y que no preciso fuentes.

La bibliografía consta de 124 libros y 42 títulos de diarios o revistas. Los libros de la de usted no llegan a 60.

Mis notas a pie de página, son 183. Preciso fuentes.

e) Oculto que el comandante Valdés era falangista.

No lo oculto. Pero no lo destaco porque Valdés, a mi modo de ver, no era falangista. Estaba, posiblemente, afiliado a Falange (no demostrado) porque era enlace en la conspiración contra el Gobierno, entre Falange y los militares. Sin embargo, usted debería saber que dijo muchas veces: «A mí, lo de nacional me cae bien, pero lo de sindicalista me da tres patadas en los...».

Por otra parte, usted da por sentado que Valdés era algo importantísimo por ser «comisario de guerra». Es muy distinto a los «comisarios políticos» del Ejército Republicano. «Comisario de guerra» es la denominación que en el Cuerpo de Intervenciones Militares —(o sea, a la Alta Contabilidad del Ejército)— correspondía a la categoría de comandante en otros Cuerpos o Armas.

La personalidad de Valdés no sólo no la defiendo, sino que le llamo «personaje de Hitchcock». ¿No es suficiente?

f) No he podido descubrir nada nuevo.

¿De verdad lo cree así? Entonces, ¿por qué disiente de lo que yo digo? En la página del número de TRIUNFO en el que usted me ataca, inmediatamente después de su firma, en un artículo de José Monleón que, entre otras cosas, destaca: La orden de libertad del Gobernador Militar; el hecho de que Valdés mintiese a José Rosales diciéndoles que ya había sido fusilado el 17 de agosto; el ascarlo hacia Viznar al anochecer de ese 17, etcétera. También son descubrimientos: el automóvil Buick en el que iba; sus

dos compañeros obligados, incluso con el nombre y profesión; la tesis sobre la llegada del general Varela; el intento de pasarse de la CEDA a Falange de Ruiz Alonso y la aceptación de José Antonio Primo de Rivera, pero su negativa a pagarle dinero; sus días en «La Colonia»; el lugar donde fue asesinado; etcétera.

g) Su creencia total en el libro de Gollonet y Morales.

Pues, mister Gibson, también dice ese libro («Rojo y Azul en Granada»), en la página 127, que el primer bombardeo de Granada fue el 19 de julio de 1936, cuando el diario «Ideal», del sábado 1 de agosto dice «Ayer»; y julio tiene 31 días. Asimismo, los autores dicen que Valdés «se convirtió en el administrador justo y equitativo de la provincia». ¿Lo cree usted también?

Por último, mister Gibson, tengo que reconocer que, efectivamente, tal como usted pronosticó, la primera edición de mi libro está ya agotada.

Actualmente se está agotando la tercera.

Y, personalmente, siento que el libro de usted no se venda en España, pero, me pregunto: ¿lo ha intentado?

En cualquier caso, con mucho gusto estaría dispuesto a prestarle mi máxima colaboración, aunque, le aseguro —contra lo que usted parece suponer— ningún elemento de mi familia ni allegado ocupa cargo alguno en la Administración ni el Gobierno.

Atentamente. ■

SOBRE EL CINISMO HISTORICO: CARTA ABIERTA A JOSE MONLEON

Muy señor mío:

Su artículo «¿Toda la verdad?» publicado en el número de TRIUNFO del 31 de mayo —casualmente— inmediatamente después de la dura crítica que me hace Ian Gibson —podría considerarlo correcto si usted no hablase de «cinismo histórico». Usted no deja claramente dicho que en mi «García Lorca, asesinado: toda la verdad», al analizar autores que han tratado el tema, explico mi extrañeza de que José Monleón escriba que «murió en Viznar» —además de los muchos errores que contiene su versión— sin atreverse a decir, siquiera, «le mataron».

¿De quién es el cinismo histórico cuando ahora dice que a unos nos dejan decir unas cosas y a otros no?

Su libro fue publicado en 1974, cuando Ricardo de la Cierva era director general de Cultura Popular. Sin comentarios. En esa época se publicó «La República, La Era de Franco», de Tamames. Y se vendía libremente «La guerra de los mil días», de Guillermo Cabanellas. Sin comentarios.

Por otra parte, al igual que le digo a Gibson —puede usted investigar cuanto quiera— puedo asegurarle que no tengo absolutamente ningún hilo ni directo ni indirecto con personaje alguno en el poder. Lo siento. ¿O no?...?

Atentamente.

P. S.—No he sido censor nunca. ■